

Separación del mal y santidad hacia el Señor

Henry Chisholm ANSTEY

biblicom.org

Índice

1 - Hay doctrinas peligrosas en circulación en la cristiandad	3
2 - Las enseñanzas que encontramos en el Antiguo Testamento	3
2.1 - La aparición del pecado en el mundo	3
2.2 - La necesidad de un sacrificio para recuperar las relaciones con Dios	4
2.3 - El ejemplo de Abel	4
2.4 - Lo que nos enseña la historia de Noé y sus descendientes	5
2.5 - Lo que nos enseña la historia de Abraham	5
2.6 - Lo que nos enseña la historia de Lot	6
2.7 - Lo que nos enseña la historia de Jacob y los patriarcas	7
2.8 - Lo que nos enseña la historia de Israel	7
2.9 - Las lecciones que se pueden aprender de Israel en la tierra prometida (Acán)	8
2.10 - Lo que nos enseña el libro de los Jueces	9
2.11 - El pueblo de Dios es una nación santa	9
2.12 - El remedio que Dios propone a su pueblo para volver	10
3 - Las enseñanzas del cristiano en el Nuevo Testamento	10
3.1 - Los principios de Dios nunca cambian	11
3.2 - El objetivo de la santificación práctica	11
3.3 - Correlación entre las enseñanzas de los apóstoles Pedro, Juan y Pablo	11
3.4 - Las Sagradas Escrituras como única guía sobre este tema capital	12
3.5 - El juicio de uno mismo primero	12
3.6 - La Palabra de Dios me enseña y me corrige	12
3.7 - 2 operaciones del Espíritu de Dios por medio de la Palabra de Dios	13
3.8 - Perseguir la santidad: una actitud cotidiana	13
3.9 - El lavado de pies que nos corresponde	13
3.10 - La disciplina en la Asamblea	14
3.11 - Una asamblea puede carecer de espiritualidad	14
3.12 - El caso de una asamblea que no quiere quitar la levadura	15
3.13 - El deseo constante de Dios es tener comunión con sus hijos	15
4 - Las objeciones para no separarse del mal	16
4.1 - La atenuación del mal	16
4.2 - Tardar en separarse de él	16
4.3 - Lo que nos dice la Palabra de Dios	16

4.4 - Otros argumentos presentados	17
4.5 - Qué hacer con respecto a un mal antiguo o a un hermano de buena reputación	18
4.6 - Las interpretaciones abusivas de la Palabra de Dios	18
4.7 - La importancia del contexto en la Palabra de Dios	18
4.8 - Otros ejemplos	18
4.9 - La importancia de no tardar en separarse del mal	19
4.10 - ¿La preocupación por una nueva división, es válida para retardar la separación?	19
4.11 - ¿Renunciar a una verdad para mantener el testimonio?	19
4.12 - El carácter de un remanente	19
4.13 - Los mismos peligros siguen presentes	20
4.14 - El camino de la bendición	20
4.15 - ¿Una nueva “reforma” o buscar lo que Dios aprueba?	20
4.16 - ¿Cuál es el origen de esta idea de “reforma”?	21
4.17 - Buscar el pensamiento de Dios en su Palabra	21

5 - El lado positivo de la separación del mal 22

1 - Hay doctrinas peligrosas en circulación en la cristiandad

Hay una doctrina peligrosa en circulación: no niega la importancia de la separación del mal, un principio eterno de Dios, pero no actúa inmediatamente en consecuencia, lo que inevitablemente tiene un efecto desastroso en el testimonio. Se presenta bajo 2 formas: por un lado, se manifiesta en la atenuación del mal; por otro lado, en insistir en retrasar la acción contra el mal. Cuando el mal es manifiesto, las Escrituras muestran que minimizarlo y retrasar su tratamiento es falso y perjudicial para nosotros; además, muestran que, a menos que Dios, en su gracia, nos libere de él, no puede haber un verdadero testimonio cristiano. Solo hay una forma segura de tratar el mal: separarse de él. El mal, sea cual sea su forma, ya provenga del interior o del exterior, no es de Dios; pero los santos son de Dios (comp. con [1 Juan 4:4](#) y [1 Tes. 5:23](#)). Así, como proviene del diablo, todos los que desean tener comunión con Dios deben alejarse del mal. El Señor mismo no puede sino condenarlo, lo ha demostrado plenamente con lo que ha hecho en la cruz.

Insisto ahora en que la separación del mal es lo primero y la forma divina de tratarlo, y que esta separación debe llevarse a cabo inmediatamente, de lo contrario me identifico con el mal a los ojos de Dios, estoy manchado por él y ya no soy un testimonio para él. Me gustaría llamar la atención de los lectores sobre las Escrituras que prueban estas afirmaciones.

2 - Las enseñanzas que encontramos en el Antiguo Testamento

2.1 - La aparición del pecado en el mundo

Pero ¿cómo apareció el mal? Si nos fijamos en [Génesis 3:5](#), leemos: «Sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal». El hombre se enfrenta por primera vez al mal. Al ceder a la sugerencia del enemigo, conocería no solo el bien, sino también el mal. Y eso es lo

que sucedió. Aquí, la separación del mal no se llevó a cabo según la primera y divina manera de tratarlo; no se hizo de inmediato. El hombre cayó y, en lugar de ser un testimonio de Dios, un testigo de su bondad como obra maestra de su creación, perdió toda confianza en Dios, ya no lo conoce como el Autor de su bien fundamental y único; ahora, el hombre se caracteriza por la desconfianza, la sospecha, el temor y el terror hacia Dios.

2.2 - La necesidad de un sacrificio para recuperar las relaciones con Dios

Pero Dios no puede ser tomado por sorpresa. En su gracia, enuncia un principio de acción que no era necesario antes de que existiera el mal: quiere que el hombre esté separado del mal, y solo la muerte puede eliminar el mal. Esto es lo que se enseña en todas las ofrendas que prefiguraban la muerte de Cristo, para que el hombre pudiera acercarse a Dios: la muerte se interpone entre el mal (nosotros mismos) y Él. Pero eso no es todo: la familia de la fe, que reconocía esta necesidad, también debía estar separada, en sus relaciones, de todo el mal presente en sus semejantes que no admitían esta necesidad. Al exigir la muerte de una víctima que Él elegía, Dios enseñaba que estaba separado del mal, y exigía que el hombre también lo estuviera si quería dirigirse a él.

2.3 - El ejemplo de Abel

Lo vemos en las ofrendas de Caín y de Abel, los primeros hombres de los que se dice que se acercaron a Dios con sacrificios después de que el pecado entrara en el mundo. En [Hebreos 11](#), se nos dice claramente que ofrecer tal víctima era un acto de fe por parte de Abel; no hacerlo, como Caín, era una muestra evidente de incredulidad. Pero esto también condujo a una separación en las relaciones, por lo que vemos que la familia de la fe, que comenzó con Abel al reconocer la necesidad de la muerte de una víctima, se distingue en Set y sus descendientes de todos los descendientes de Caín ([Gén. 5](#)).

2.4 - Lo que nos enseña la historia de Noé y sus descendientes

De esta familia de la fe surgió Noé, a quien Dios preservó cuando vino el diluvio y se llevó a la familia incrédula de los impíos. Aquí aprendemos que, aunque Dios tiene una gran paciencia, llegará el momento en que barrerá el mal de su presencia, quitándolo para siempre de delante de Él, pero también aprendemos que su mirada se posa con satisfacción sobre aquellos que buscan caminar en esta separación del mal, antes de que llegue ese momento.

En la familia de Noé, después del diluvio, la situación sigue siendo la misma, los hijos de Sem se distinguen de los descendientes de Cam y Jafet. Entre estos últimos se enumeran los enemigos de Dios, las naciones de Canaán que Israel deberá “destruir por completo”; y aquí también se encuentran todas las naciones «conforme a sus familias en sus naciones» (*Gén. 10:5*).

Es a Sem, y a Abraham de esta familia, a quienes Dios enuncia claramente el principio de la separación del mal. Aunque Dios dijo por medio de Noé: «Bendito por Jehová mi Dios sea Sem» (*Gén. 9:26*), parece que sus descendientes (pues habían pasado muchas generaciones) estaban sumidos en la idolatría.

2.5 - Lo que nos enseña la historia de Abraham

De hecho, Abram vivía en Ur de Caldea, donde se identificaba con el mal y servía a otros dioses (*Josué 24:2*). El Dios de gloria se le apareció y le llamó a alejarse de 3 cosas: de su *país*, de su *parentela* y de la *casa de su padre* (*Gén. 12:1*).

Está escrito sobre él que «salió sin saber adónde iba» (*Hebr. 11:8*); porque el Espíritu Santo siempre se regocija en destacar todo lo que puede aprobar en nosotros; pero también sabemos que no se dirigió inmediatamente a Canaán, que no dejó a su familia (se llevó a Lot con él) y que no dejó la casa de su padre (se llevó a Taré, su padre). Al principio, no llegó al lugar que Dios le había reservado; permaneció en Harán hasta la muerte de Taré, y Lot le causó problemas hasta su separación (comp. con *Hec. 7*; *Gén. 11:31-32* y *12:1, 4*). Dios intervino para romper esos 2 lazos y liberar a su siervo. Una vez hecho esto, Jehová, según lo que el Espíritu Santo relata de esta ocasión, habló íntimamente con Abram como nunca anteriormente. Parece que el corazón de Dios esperó la muerte de su padre y este momento de separación de Lot para derramar una bendición sin medida.

«Y Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y

mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré» (Gén. 13:14-17).

2.6 - Lo que nos enseña la historia de Lot

Lot nos enseña más de una lección sobre la necesidad fundamental, para Dios, de separarse del mal. No solo el mismo Lot no está separado, sino que, en ese estado, su testimonio es impotente y toda su casa está contaminada. Cuando intenta sacar a su familia, a petición misericordiosa de los ángeles, descubre adónde les ha llevado el mal, a él y a ella. Oye las burlas y los reproches de aquellos de quienes nunca se había separado, pero, despertado por la proximidad de los juicios de Dios, finalmente se arma de valor para decirles lo malo que son sus comportamientos.

Debe aprender, a través de su desprecio, la debilidad del testimonio de quien no está separado.

«Vino este extraño para habitar entre nosotros, ¿y habrá de erigirse en juez?» (Gén. 19:9). “El que estaba contento con venir a vivir a Sodoma y pastar sus rebaños en nuestras llanuras bien regadas, ahora quiere juzgar nuestros caminos”. Tal incoherencia es evidente, incluso para los hombres malvados, y de ello extraemos otra lección: lo bueno mezclado con lo malo no hace que el conjunto sea “bueno”, sino que lo malo siempre corrompe lo bueno.

Hace mucho tiempo que la levadura (el mal) se había extendido por la casa de Lot; y al despertar, Lot se dio cuenta de que no tenía el poder de romper los lazos que se habían formado. Sus hijas se habían casado; cuando se dirigió a sus yernos, él, que había estado asociado con el mal durante tanto tiempo, «pareció a sus yernos como que se burlaba» (Gén. 19:14). Y Lot aprendió, con la pérdida de su esposa y la caída de sus hijas casadas en la ciudad, (y sus hijos 19:12) cuán fuertes eran las cadenas que las malas compañías habían tejido alrededor de él y de su familia, mientras que él mismo solo había sido salvado del juicio de Dios por la mano del ángel. Estas son las lecciones solemnes e instructivas que se nos enseñan aquí; Dios ciertamente quiere que tengan un efecto “separador” en nuestros caminos.

2.7 - Lo que nos enseña la historia de Jacob y los patriarcas

Más tarde, vemos a Jacob reconocer la importancia primordial de la separación. Su conciencia había estado dormida durante mucho tiempo en el seno de su propia familia, estaba asociado con dioses falsos en Padan-aram. Cuando Dios le habla, ordenándole que se levantara, subiera a Betel y habitase allí, ¿cuál es su primer pensamiento? «Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos» (Gén. 35:2). Los patriarcas, que vivían separados en tiendas y se desplazaban de un lugar a otro, manifestaban así que eran «extranjeros y peregrinos sobre la tierra», a diferencia de aquellos que, habitando y encontrando descanso aquí abajo, disfrutaban «por un tiempo de los deleites del pecado» (Hebr. 11:13, 25).

La fe siempre desea una comunión presente con Dios, siempre debe estar separada del mal y espera un ámbito en el que, una vez desterrado el pecado, el extranjero y el forastero encuentren no solo la comunión con Dios en la separación del mal que los rodea, sino también un hogar. Dios estaba con ellos en ese deseo y, hasta su cumplimiento, «Dios no se avergonzaba de ellos, ni de ser llamado Dios suyo» (Hebr. 11:16). Siempre ha vinculado su bendito nombre a aquellos que, independientemente de sus errores, buscaban caminar en separación, como extranjeros y forasteros en la tierra, diciendo, según Éxodo: «Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Éste es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos» (3:15).

2.8 - Lo que nos enseña la historia de Israel

La separación está claramente visible en el llamado de Israel, entre las naciones de la tierra, a ser «un reino de sacerdotes, y gente santa» (Éx. 19:6). «Y os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios; y vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que os sacó de debajo de las tareas pesadas de Egipto» (Éx. 6:7). Y cuando este pueblo no logró separarse del mal en el desierto, el juicio de Dios se expresó de manera muy contundente en 2 ocasiones. Como está escrito: «Jehová juzgará a su pueblo» (Deut. 32:36; Hebr. 10:30). Así, cuando adoraron al becerro de oro, Dios retiró su morada de entre ellos y la trasladó al tabernáculo erigido por Moisés fuera del campamento (Éx. 33:7-10). Cuán solemne es ver a Dios retirar su presencia del campamento contaminado de Israel, y esto porque ellos eran su pueblo; Jehová no podía tolerar todo lo que ellos se permitían.

Del mismo modo, cuando olvidaron su posición separada y buscaron asociarse con las naciones de Moab y Madián (Núm. 25:9), cuán pronto fue el juicio de Dios sobre ellos, proclamando, como había dicho antes, que era un Dios celoso que quería que se separaran para él, «y murieron de aquella mortandad veinticuatro mil». En su historia, la enseñanza sobre la forma en que Dios actúa con ellos siempre se repite.

El leproso y la levadura, ambos símbolos del pecado y la impureza, debían ser expulsados, uno del campamento en medio del cual habitaba Dios (Lev. 13:45-46), y el otro no solo de cada casa, sino también de la vista de Israel (Éx. 12:15; 13:7), para que «no contaminen mi tabernáculo que está en medio de ellos». Y entre las impurezas «menores» (Lev. 11; 15; 18; 20; 22), ninguna se descuidaba. «Así apartaréis de sus impurezas a los hijos de Israel, a fin de que no mueran por sus impurezas por haber contaminado mi tabernáculo que está entre ellos» (Lev. 15:31).

2.9 - Las lecciones que se pueden aprender de Israel en la tierra prometida (Acán)

Después de esto, cuando cruzaron el Jordán y entraron en la tierra prometida, su primer error fue olvidar el principio de separación del mal. Acán tomó lo que estaba maldito, e Israel tuvo que huir ante el enemigo. Dios dijo que Israel había pecado: «Ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros» (Josué 7:12). Aquí, Jehová insiste en su separación del mal como condición para estar con su pueblo. «Levántate, santifica al pueblo, y di: Santificaos para mañana; porque Jehová el Dios de Israel dice así: Anatema hay en medio de ti, Israel; no podrás hacer frente a tus enemigos, hasta que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros» (v. 13). Lo primero que el pueblo debe hacer aquí es santificarse; solo al día siguiente Dios reveló a Josué, cuando la asamblea estaba reunida, quién era el culpable, y entonces se ejecutó el juicio sobre él. Cabe señalar que el desconocimiento de la culpa o de la existencia de un culpable no disminuye la responsabilidad ante los ojos de Dios; Dios se retira de acuerdo con la santidad de su naturaleza, y su pueblo debe soportar las consecuencias de ese retiro, que, como muestra este ejemplo, son la vergüenza y una derrota humillante.

Que actuemos o no de inmediato, según el principio de la separación del mal, Dios, en su santidad, ya se ha apartado de él; esta es una consideración solemne para nosotros. La obstinación puede negarse de tener en cuenta a Dios. Eso es lo que hizo Acán; los que estaban asociados con él tuvieron que aprender que no debía ser así, y que el mal siempre debe ser considerado y juzgado, no en función de su

incidencia en nosotros, sino en función de su incidencia en Dios. ¿Y qué somos sin Él? ¿Y dónde está entonces el testimonio?

2.10 - Lo que nos enseña el libro de los Jueces

En el libro de los Jueces, la clave de todos sus problemas se da 8 veces, como una amarga queja: «Y los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová» (2:11; 3:7, 12; 4:1; 6:1; 10:6; 13:1). El resultado no fue solo una lucha contra el enemigo, seguida de una derrota, sino una opresión, una persecución y una miseria terribles que a veces se prolongaban durante largos períodos, y que solo terminaban con la aparición de un salvador –un juez– suscitado por Jehová.

Ahora bien, aquel que era levantado para liberar, siempre lo era por Dios, y por lo tanto se encontraba *en primer lugar* solo en comunión con Él en cuanto a la condición de su pueblo. Se trata de una verdadera separación. Otoniel «juzgó a Israel» antes de salir «a la batalla» (Jueces 3:10).

Del mismo modo Débora, los «hijos Israel subían a ella a juicio» antes de llamar a Barac para que lo liberara (Jueces 4:4-5). Gedeón construyó un altar a Jehová y le ofreció un sacrificio; también derribó el altar de Baal de su padre y taló la Asera que estaba junto a él (Jueces 6:30), antes de que Dios lo utilizara para liberar a su pueblo Israel del enemigo. Sansón debía ser nazareo de Dios desde el seno de su madre hasta el día de su muerte (Jueces 13:7). Pero todos ellos fueron utilizados por Dios para liberar a su pueblo. Por lo tanto, la lección que se enseña en este libro no es difícil de entender: quien quiera ayudar a sus hermanos debe estar primero en comunión con Dios; y ¿qué exige esto, sino la condena de todo lo que en ellos es contrario a Dios? No puedo ser sincero en mi condena del mal si eso no me lleva a una separación práctica.

2.11 - El pueblo de Dios es una nación santa

Pero, aunque fracasaron en separarse, el pueblo de Dios fue elegido para ser una nación santa. «La santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre» (Sal. 93:5).

Y cuando el profeta Isaías se dirige a ellos más tarde, cuando están a punto de ver escrito sobre ellos «Lo-ammi», es decir, «no es mi pueblo», dice: «Oh gente pecado-

ra, pueblo cargado de maldad... Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana» (Is. 1:4-6).

2.12 - El remedio que Dios propone a su pueblo para volver

¿Cuál es entonces el remedio, el que propone Dios? Es la separación del mal. «Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien» (v. 16-17).

Pero todas las exhortaciones de Dios fueron en vano (vean [2 Crón. 36:16](#)). «Se entregaron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová, provocándole a ira. Jehová, por tanto, se airó en gran manera contra Israel, y los quitó de delante de su rostro» ([2 Reyes 17:17-18](#)). Y Lo-Ammi, «no es mi pueblo» ([Oseas 1:9](#)), fue escrito sobre la nación ([Oseas 1](#)). El camino que tomarán en un futuro, cuando regresen, como redimidos del Señor, y vengan a Sion cantando, da testimonio del cumplimiento definitivo, y no del abandono, del primer propósito de Dios para con ellos, a saber, su separación del mal, que su pecado solo habrá mancillado temporalmente. Se dice de su futuro: «Y habrá allí calzada y camino, y será llamado *Camino de Santidad*; no pasará in-mundo por él, sino que él mismo estará con ellos; el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará... Los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sion con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido» ([Is. 35:8-10](#)).

3 - Las enseñanzas del cristiano en el Nuevo Testamento

En la actualidad, Dios está formando un pueblo para su nombre a partir de judíos y gentiles ([Efe. 2:14-18](#)), una esposa para su Hijo, unida a él, como testimonio de un Cristo rechazado, y para ser manifestada un día en gloria con Él en los cielos.

Aunque Israel dijo: «No tenemos más rey que César» ([Juan 19:15](#)) y su oración fue «su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos» ([Mat. 27:25](#)), la última oración del Señor, al morir: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» ([Lucas 23:34](#)), ascendió al Padre. En respuesta a esta oración, hoy existe un pueblo redimido que camina en separación del mal.

3.1 - Los principios de Dios nunca cambian

Los principios de Dios son inmutables. Su Palabra, aplicada primero a Israel, es ahora aplicada por el apóstol Pedro a los cristianos de hoy: «Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido» (1 Pe. 2:9). Y también: «Como el que os llamó es santo, sed santos vosotros también en toda vuestra conducta» (1 Pe. 1:15). En Juan 17, el Señor dice: «No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del Maligno... Santificalos en la verdad: tu palabra es [la] verdad» (v. 15, 17)

3.2 - El objetivo de la santificación práctica

En cuanto a nuestra santificación práctica, sabemos que debemos ser «conformes a la imagen de su Hijo» (Rom. 8:29); sabemos que esta conformidad práctica está en curso (2 Cor. 3:18); y sabemos que, aunque todavía no seamos completamente semejantes a él, lo seremos en aquel día: «Cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es»; y uno de los efectos de esto es que «todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica, así como él es puro» (1 Juan 3:2-3).

3.3 - Correlación entre las enseñanzas de los apóstoles Pedro, Juan y Pablo

Las exhortaciones de Pedro y Juan concuerdan con las palabras del apóstol Pablo: «Teniendo, pues, estas promesas, amados, purifiquémonos de toda impureza de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios» (2 Cor. 7:1). También acababa de decir: «Por lo cual, ¡salid de en medio de ellos y separaos, dice el Señor, y no toquéis cosa inmunda». Y sus exhortaciones finales a Timoteo tienen un significado idéntico, en vista de los tiempos difíciles de los últimos días (vean 1 Tim. 5:22; 2 Tim. 2:20-26; 3:1-17). La consecuencia de no actuar inmediatamente según el principio de la separación es que las almas se contaminan por asociación; la conciencia pierde su sensibilidad y ya no se detiene ante el mal. El Espíritu Santo se entristece, y la separación se considera entonces inútil o imposible.

3.4 - Las Sagradas Escrituras como única guía sobre este tema capital

Es importante que solo las Escrituras nos guíen. Si los lectores admiten que el principio de separación del mal es divino y, por lo tanto, de suma importancia, que las consulten para instruirse sobre la manera en que Dios desea que se ponga en práctica este principio. Esto es lo que me gustaría ver ahora, esperando que se admita lo anterior.

3.5 - El juicio de uno mismo primero

La separación del mal comienza con el juicio de uno mismo. El juicio de uno mismo es la condena por parte de la nueva naturaleza de los caminos y las costumbres de la antigua, y la separación de ellos. El cuerpo del cristiano, el cuerpo de cada creyente es el templo del Espíritu Santo. Pablo insiste en ello en su Epístola a los Corintios ([1 Cor. 6:19](#)). La forma en que esto puede hacerse se explica detalladamente en otras partes de las Escrituras, pero él lo utiliza aquí para insistir en que no deben hacer lo que quieran con lo que no les pertenece. «El que se une al Señor, es un solo espíritu [con él]» (v. 17) y ese espíritu es el espíritu (o el Espíritu) de santidad ([Rom. 1:4](#)). Condena todo lo que en mí es incompatible con ese espíritu. La forma correcta de manifestar este espíritu es andar como Cristo anduvo cuando estuvo en la tierra, es decir, reproducir a Cristo en el mundo ([1 Juan 2:6](#)).

3.6 - La Palabra de Dios me enseña y me corrige

El medio que utiliza el Espíritu para corregirme cuando he fallado en este camino es siempre la Palabra de Dios. La Epístola a los Hebreos indica que es la provisión en la tierra para el creyente que atraviesa este desierto, y que es «viva y eficaz, más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos; y ella discierne los pensamientos y propósitos del corazón» (Heb. 4:12). Penetra y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón: desciende hasta lo que está oculto, lo que actúa en mi ser interior, y así me revela esas cosas ocultas (las motivaciones de mis acciones). Pero eso no es todo, la Palabra de Dios es la espada del Espíritu contra el enemigo, que utiliza los deseos de mi propio corazón, ese pecado intrínseco que encuentra en él, para alejarme del camino de la obediencia.

3.7 - 2 operaciones del Espíritu de Dios por medio de la Palabra de Dios

Por lo tanto, observo que el Espíritu utiliza la Palabra con 2 fines: por un lado, para revelarme esa fuente interior que no proviene de Él, con el fin de llevarme a juzgarla y a separarme de ella; y, por otro lado, para vencer al enemigo, que busca hacerme caer presentando algo a las codicias que encuentra en ella ([Sant. 1:14](#)).

Como hombre, el Señor utilizó la Palabra de Dios para vencer al enemigo. No había ni podía haber en él nada que respondiera a lo que el diablo le presentaba, porque era “sin pecado” ([Hebr. 4:15](#)). Sin embargo, enfrentó al tentador como un hombre dependiente ([Mat. 4](#); [Lucas 4](#)), y no como el Hijo de Dios, obteniendo la victoria al no apartarse nunca del camino de la obediencia.

El apóstol recordaba a los corintios que «se examinen a sí mismos» ([1 Cor. 11:28](#)). Su incapacidad para juzgarse a sí mismos los llevaba a pecados manifiestos y públicos que se convertían en motivo de vergüenza y oprobio para el nombre de Cristo ([1 Cor. 5:1](#)).

La Palabra es el instrumento –una espada penetrante en las manos del Espíritu de Dios, que nos ayuda a juzgar el mal en nosotros mismos y a caminar en obediencia. «Obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros» ([1 Sam. 15:22](#)).

3.8 - Perseguir la santidad: una actitud cotidiana

La responsabilidad del creyente no se limita a buscar moldearse a sí mismo y sus caminos a la luz de la Palabra de Dios, aunque sin duda eso es lo primero y más importante que hay que hacer; por eso el apóstol Pablo añade: «Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» ([Hebr. 12:14](#)), una palabra cotidiana para nosotros sobre la separación del mal.

3.9 - El lavado de pies que nos corresponde

Una responsabilidad adicional recae sobre aquellos que quieren ser verdaderos discípulos de su Señor rechazado. En [Juan 13](#), lo vemos manifestar su amor hasta el final, insistiendo en que cada uno cuide de su hermano: «Si yo, que soy el Señor y

el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque os he dado ejemplo, para que vosotros también hagáis como yo he hecho con vosotros» (v. 14-15). Cada vez que veo una mancha en otro creyente, mi responsabilidad inmediata es quitarla, ayudándole a separarse de esa mancha; nadie está exento de esta responsabilidad. El medio es siempre la Palabra de Dios; ¿y qué es la mancha? Es el pecado; al tratar de ayudar a mi hermano, le hago bien a él, a mí mismo y a todos los miembros del Cuerpo; me ocupo de la misma obra que Cristo hace hoy ([Efe. 5:26](#)).

Aquí también podemos decir con razón que «si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; si un miembro recibe honor, todos los miembros se alegran con él» ([1 Cor. 12:26](#)). En cuanto a las ofensas individuales entre hermanos, la Palabra de Dios nos da directrices (vean también [Rom. 16:17](#); [2 Tes. 3:6](#)).

3.10 - La disciplina en la Asamblea

En caso de pecado grave manifiesto, no confesado por aquel que se «llama hermano» ([1 Cor. 5:11](#)) indica a la Asamblea cómo actuar, siendo ella misma la morada de Dios ([1 Tim. 3:15](#)), aunque los hombres hayan alterado su simplicidad y belleza iniciales.

Dios seguirá juzgando al que ha pecado, fuera de la congregación. El Señor juzgará a su pueblo. Está en manos de Dios para ser juzgado, a fin de que se separe el trigo de la paja y «el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús» ([1 Cor. 5:5](#)), porque también «nuestro Dios es fuego consumidor» ([Hebr. 12:29](#)).

Si no nos juzgamos a nosotros mismos, Dios mismo puede intervenir. «Por esto muchos de entre vosotros están enfermos y debilitados, y bastantes duermen» ([1 Cor. 11:30](#)). Él interviene ya sea a través de la Asamblea o castigando él mismo.

3.11 - Una asamblea puede carecer de espiritualidad

La asamblea que carece de espiritualidad no siempre es consciente de que los santos no caminan en el juicio propio, y cuando lo es, no puede actuar para ponerlos fuera de comunión, salvo en caso de pecado característico. Estos casos claramente entran dentro del cuidado individual de [Juan 13](#).

Pero Dios es consciente de ello y a menudo castiga a los individuos con la enferme-

dad e incluso con la muerte, mientras que la asamblea ignora por qué lo hace. Así actuaba en Corinto, mientras que en otros casos dejaba que se manifestara un pecado público, como los mencionados en [1 Corintios 5](#), que la asamblea debía juzgar, la palabra de Dios da a la asamblea la autoridad para juzgar y separarse del mal. Si se quita la levadura, está bien; pero también es motivo de humillación (para la asamblea) que Dios haya considerado necesario dejar que las cosas lleguen a ese punto (vean [2 Cor. 7:9-11](#)).

3.12 - El caso de una asamblea que no quiere quitar la levadura

Pero si una asamblea no quiere quitar la levadura y, por lo tanto, no reconoce la necesidad de mantener la pureza del templo de Dios, la morada del Espíritu Santo ([1 Cor. 3:16](#)), el lugar donde Jesús se complace en venir y manifestarse ([Mat. 18:20](#); [Juan 20:19, 26](#)), demuestra que ignora su santa presencia y renuncia prácticamente a pretender ser una asamblea de Dios. La responsabilidad del creyente individual es entonces separarse de tal comunidad.

Porque, como me enseña la Escritura en muchos lugares, debo apartarme de una persona que evidentemente sigue haciendo el mal (vean [Rom. 16:17-19](#); [Fil. 3:17-19](#); [2 Tes. 3:6, 14-15](#); [1 Tim. 5:22](#); [2 Tim. 2:21](#); [3:5](#); [3 Juan 9-12](#)), aprendo que Pablo también evitó durante un tiempo una asamblea, la de Corinto, donde no se juzgaba el mal, porque Pablo no lo toleraba y, además, si hubiera estado presente, no habría perdonado a nadie. «Pero sobre mi alma invoco a Dios como testigo que, por ser indulgente con vosotros, todavía no he ido a Corinto» ([2 Cor. 1:23](#)). Esta necesidad queda clara si se estudia [2 Timoteo 2:15-26](#) en relación con lo que dice Pedro: «Porque [llegó] el tiempo de comenzar el juicio por la casa de Dios» ([1 Pe. 4:17](#)).

3.13 - El deseo constante de Dios es tener comunión con sus hijos

¿No es evidente, al leer todos estos versículos de la Palabra de Dios que nos guían, que el único deseo de Dios es tener comunión con nosotros, y que la primera necesidad para ello es nuestra separación del mal? Como un hilo dorado que atraviesa todos sus caminos hacia nosotros, lo encontramos en la redención ([Tito 2:14](#)); en la necesidad de juzgarnos a nosotros mismos ([1 Cor. 9:27](#); [11:31](#)); en la exhortación que se nos hace de cuidarnos unos a otros ([Juan 13](#)); en la directiva de la asamblea

de quitar la levadura (1 Cor. 5); y en la fidelidad individual, que debe actuar si una asamblea es infiel (2 Tim. 2:21); en resumen, siempre es el mismo principio ante nosotros.

4 - Las objeciones para no separarse del mal

Ahora bien, teniendo en cuenta lo anterior, concluyo que, si existe una única manera divina de tratar el mal, a saber, separarse de él, *nunca nos salvaremos mientras no actuemos en consecuencia*. Dios nos hace responsables de nuestras relaciones. ¿Qué otra cosa se propone? Examinemos esto por un momento.

4.1 - La atenuación del mal

En primer lugar, está la atenuación del mal, cuando se alega que quien hace el mal tenía buenas intenciones, así como circunstancias atenuantes que le llevaron a hacerlo; pero ninguna atenuación del mal podrá nunca eliminarlo, y es del mal mismo de lo que debo separarme (1 Tim. 5:22). Las almas serias deben admitir que no habrá separación del mal mientras busquemos atenuarlo lo más posible.

4.2 - Tardar en separarse de él

A continuación, vemos que, en lugar de actuar según el principio divino de la separación del mal, se puede incitar a retrasar esta acción. Este método más engañoso y sutil del enemigo suele tener éxito. Para justificar la palabra “retraso”, se cita este pasaje: «El que creyere, no se apresure» (Is. 28:16). Pero si los lectores consultan Romanos 10:11 y 1 Pedro 2:6, verán cómo los apóstoles Pablo y Pedro entendieron estas palabras del profeta. Uno las cita así: «no será avergonzado», el otro: «no será jamás avergonzado».

4.3 - Lo que nos dice la Palabra de Dios

También podemos recordar que Lot creyó al ángel y que se le pidió que se diera prisa (Gén. 19:22); que Pablo, el creyente, fue exhortado por Ananías a no tardar,

sino a bautizarse ([Hec. 22:16](#)), y él mismo, escribiendo a los hebreos ([Hebr. 6:18](#)), les habla de aquellos que “huían para alcanzar la esperanza propuesta” (vean [Mat. 3:7](#)).

Por lo tanto, debo rechazar el uso del versículo de [Isaías 28](#) para impedirme separarme inmediatamente del mal, afirmando sin vacilar que tal interpretación no proviene de Dios.

4.4 - Otros argumentos presentados

Con el mismo deseo de retrasar las cosas, se ha preguntado: “¿Quién de nosotros es perfecto? ¿Quién es capaz de lanzar la primera piedra a su hermano?”. Una vez más, debo oponerme a una evidente perversión de las Escrituras y a una aplicación totalmente errónea de las mismas. Las propias palabras del Señor en [Juan 8](#), a las que se hace referencia aquí, son: «El que entre vosotros esté sin *pecado*, arroje primero la piedra contra ella», y no “sin *pecados*”, como sugiere la pregunta.

Hay una gran diferencia entre decir «sin pecado» y «sin pecados» (comp. [1 Juan 1:8](#) con [Sant. 3:2](#)). Pero plantear la cuestión de la perfección de cada uno tiene el efecto inmediato de hacer que toda alma humilde se aparte del mal que tiene ante sí y se ocupe desesperadamente de sí misma.

Admitimos que no somos perfectos en el sentido en que lo entiende quien plantea la pregunta, pero eso no tiene absolutamente nada que ver; porque ¿dónde dice la Biblia que debemos serlo antes de poder juzgar y separarnos del mal? ¡Ay! Si fuera así, no podría haber separación ni juicio del mal. ¿Dio el apóstol esta instrucción a los corintios? Reconozco plenamente la importancia de [Mateo 7:3-5](#), [Levítico 5:26](#); pero me niego a buscar supuestas imperfecciones (admito tenerlas) en mí mismo o en los demás, y así ocuparnos en vano de nosotros mismos, cuando el mal del que estoy encargado de separarme es manifiesto y no juzgado. ¡Ay! Este retraso que se nos impone porque no somos perfectos en nuestra vida práctica cotidiana (lo cual admitimos), impediría la separación del mal y haría tropezar a las verdaderas almas piadosas, como sería el caso y como siempre ha sido. Introduzcan cualquier retraso, apelando al juicio de uno mismo, a la humillación o a cualquier cosa que se pueda proponer en lugar de lo que Dios exige, y dejamos que la levadura actúe, nos contaminamos y nos alejamos de la separación del mal, principio de Dios para preservar la santidad práctica entre sus santos, cuando ya hemos perdido la comunión con Dios, que es luz; porque «no hay ningunas tinieblas el él» ([1 Juan 1:5](#)). Ningún alma piadosa se atreverá, creo, a negar estos resultados inevitables.

4.5 - Qué hacer con respecto a un mal antiguo o a un hermano de buena reputación

Se ha aducido otra razón para retrasar la acción: saber cuándo el mal, en la iglesia o en otro lugar, es antiguo, o ha sido sancionado o cometido por alguien que, siendo cristiano, gozaba de buena reputación y era amado por los santos. No faltan citas bíblicas al respecto. He oído citar este pasaje: «No toquéis, dijo, a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas» (Sal. 105:15). O también: «¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?» (Núm. 12:8).

4.6 - Las interpretaciones abusivas de la Palabra de Dios

Como en los otros casos, no hace falta decir que se trata aquí de una interpretación abusiva de las Escrituras. Buscar caminar en separación del mal, buscar una conciencia ejercitada en cuanto al mal donde está manifiesto, o en su defecto, separarme de él, no es hacer daño a ninguno de los “siervos” del Señor. Al contrario, es incluso una bendición para todos ellos.

4.7 - La importancia del contexto en la Palabra de Dios

Además, estas palabras no estaban dirigidas al pueblo de Jehová –otra razón por la que no son aplicables–, sino a las naciones, como muestra el contexto.

4.8 - Otros ejemplos

En cuanto a hablar «contra Moisés», es aún más evidente que la cita no puede aplicarse. El pecado o el mal son condenados en todas partes en las Escrituras por el propio Señor, y no pretendemos ser iguales (como hicieron Aarón y Miriam) a lo que condenamos.

En el corazón de ninguno de los 2 había el deseo de separarse de lo que decían que era un mal en Moisés, a saber, su matrimonio con una etíope; pero pretendían ser lo que no eran, es decir, iguales a Moisés, de quien el Espíritu dijo que era «muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra» (Núm. 12:3), y Dios los reprendió por ello.

4.9 - La importancia de no tardar en separarse del mal

Pero si eso es lo que el Señor condena, el hecho de que sea antiguo no tiene ningún peso, y si ese mal es aprobado por alguien que ha tenido o sigue teniendo cierta influencia sobre el espíritu de los santos, es aún más urgente actuar, para que la levadura no actúe y los santos no sean engañados y atrapados por su influencia. Pero tenemos el testimonio de las Escrituras: al apóstol Pablo no se le ocurrió ningún retraso cuando Pedro, él mismo reputado y amado, fue engañado y Bernabé y otros corrían el riesgo de ser contaminados (Gál. 2:11-21). Actuó con fidelidad y sin demora, por doloroso que le resultara.

4.10 - ¿La preocupación por una nueva división, es válida para retardar la separación?

Tampoco hay que temer una “división sin fin si nos separamos del mal”, ni tener en cuenta el grito de algunos que dicen: “eso destruirá todo nuestro testimonio colectivo”. El testimonio, ya sea individual o colectivo, ya ha desaparecido cuando dejamos de actuar para separarnos del mal, y el único remedio, el único camino para ser restaurados, es restablecer este principio de separación; porque la separación es la base de todo lo que siempre ha sido reconocido por Dios como Su testimonio.

4.11 - ¿Renunciar a una verdad para mantener el testimonio?

¿Tenemos un testimonio colectivo o individual que valga la pena conservar si hay que renunciar, no solo a una pizca de la verdad de Dios, sino a un gran principio fundamental que es la base misma de todas Sus relaciones con nosotros, y que él ha establecido como necesidad primordial para todos los fieles que nos han precedido? Lejos de ahí ese pensamiento; renunciar a ello es renunciar a Dios. ¡Ah! ¿Qué somos ahora y qué hay del testimonio?

4.12 - El carácter de un remanente

Un pequeño remanente siempre se ha alejado de las malas asociaciones y ha profesado este principio divino de separación de todo mal, afirmando que Dios lo exigía. Hoy en día, muchos se han reunido en diversos lugares, como 2 o 3 reunidos «a su

nombre», buscando mantener lo que conviene a ello. Así, y solo así, se han convertido en un testimonio por la separación, testimonio de que el pueblo de Dios ha fallado y se ha apartado de Sus caminos, testimonio, sin embargo, de su fidelidad (Mat. 18:20; 2 Tim. 2:19).

4.13 - Los mismos peligros siguen presentes

¿No es humillante que tales hombres, si alguna vez conocieron todas estas bendiciones, ahora teman actuar en consecuencia, o preconicen o defiendan el hecho de esperar para actuar, o cualquier otra cosa, diciendo que tal es la instrucción actual de Dios para su pueblo? Que disculpen el mal cometido, que lo atenúen como puedan, que lo califiquen de división, de precipitación o de cualquier otro nombre el deseo de separarse de él, el alma piadosa que, leyendo la Palabra por sí misma y dejándose gobernar por ella, no se dejará engañar por tales expresiones.

4.14 - El camino de la bendición

Ella sabe que el juicio del mal y la separación del mal son de Dios, y que nada socava tanto el poder del enemigo, aunque otra cosa se proponga en su lugar. El mayor golpe que un cristiano puede asestar al poder del príncipe de las tinieblas es separarse del mal, y la gracia para hacerlo le es dada. ¡Bendito sea Su nombre, porque ahora puede y quiere utilizar a un pueblo tan débil como nosotros para alcanzar este objetivo, si le somos fieles! La separación del mal es una defensa segura. «Los tejones, pueblo sin poder, que hacen su casa en la peña» (Prov. 30:26, LBLA). Recordemos que nuestra sabiduría consiste en actuar como ellos, y que después de hacerlo, nuestra fuerza está en «estarse quietos» (Is. 30:7).

4.15 - ¿Una nueva “reforma” o buscar lo que Dios aprueba?

“Reformar” ha sustituido a «separarse». Nadie se opone a ello; mientras que la separación del mal se califica de división, trabajo partidista y fanatismo, la reforma se elogia con nombres como amor fraternal, filantropía o caridad. Debemos mirar más allá de los elogios o las condenas de los hombres si queremos saber qué es justo y cuál es su origen. Ahora bien, “reformar” presupone la existencia del mal. Y todo lo

que Dios hace es necesariamente perfecto; por lo tanto, la idea de reforma no puede aplicarse en absoluto.

La reforma tiene su origen en la propuesta que la serpiente hizo a la mujer en el jardín del Edén. «Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal» (Gén. 3:5). La sugerencia del enemigo, que vemos aquí en los albores de nuestra raza, era que había una imperfección en la obra de Dios que la mujer podía corregir. Esta propuesta, a la que ella cedió, trajo consigo la ruina.

4.16 - ¿Cuál es el origen de esta idea de “reforma”?

Vemos así que la idea de la reforma era fruto de un árbol corrupto. ¿Es menor hoy en día? Si trajo el pecado y la muerte al mundo, y separó al hombre de Dios al darle ideas completamente falsas sobre Él, perpetúa la ruina cuando se pone en práctica hoy en día. La reforma actual dice que hay cosas buenas que hay que recordar. ¿Cuál fue su efecto en el Edén? No la separación del mal, sino *la separación de Dios*, la única fuente del bien. ¿Y cuál es su efecto cuando se pone en práctica hoy en día? ¿Qué tenemos que recordar? Tiene el mismo efecto, porque solo hay que recordar lo que viene de Dios, y *él* está separado de todo mal. No hay otro camino que la cruz y la puesta en práctica diaria de lo que significa, cuando la fe ha captado su significado.

4.17 - Buscar el pensamiento de Dios en su Palabra

¿Qué hacen la cruz y la fe en Cristo? Llevan al hombre a tener comunión con Dios, a conocerlo como un Padre en todas las relaciones íntimas de un hijo. Pero la santidad de la naturaleza de Dios no ha cambiado, aunque ahora tenga una relación de Padre con nosotros. Nunca debemos olvidarlo.

Así, vemos que la reforma trajo la ruina y aún la perpetúa, que la separación era el remedio de Dios y aún lo es; y si deseamos lo que es perfecto, debemos volver a Aquel que lo exige. La tan alabada conspiración de la reforma no se aplica ni puede aplicarse a lo que es de Dios y a lo que es desde el principio (1 Juan 2:7-8).

«He entendido que todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá» (Ec. 3:14). Estas son las palabras del hombre más sabio que

jamás haya existido, y son las palabras de la fe hoy en día. Solo el hecho de aferrarse y descansar en la perfección de aquello a lo que nada se puede añadir ni quitar podrá satisfacer esta separación del mal o apaciguar los corazones que anhelan la santidad práctica; estas cosas, justas en sí mismas para todos los que han nacido de Dios, solo existen desde que el pecado entró en el mundo.

5 - El lado positivo de la separación del mal

Solo he hablado del lado negativo de la separación del mal; también hay un lado positivo: la santidad hacia el Señor. Estamos llamados de uno a otro. Pero este último aspecto es, en cuanto a la santidad práctica, imposible sin el primero, la separación del mal; por eso he insistido más en este aspecto, como si fuera de primera importancia. En Cristo, y gracias a los resultados de su obra en la cruz, tenemos ambos aspectos; y es porque los tenemos que se nos exhorta a practicarlos ambos en nuestra vida cotidiana.

«Como el que os llamó es santo, sed santos vosotros también en toda vuestra conducta» (1 Pe. 1:15). Si le soy fiel, abandono uno (el mal) y tiendo hacia el otro. «Salgamos a él» (Hebr. 13:13) es el alcance y el límite de mi separación. Seré como Cristo cuando aparezca, como vemos en 1 Juan 3. Como aún no soy como él, pero sé que lo seré, ahora “me purifico”; y el apóstol añade el alcance de esto: «como él es puro». He aquí el lado positivo: «como él es puro»; y Juan sabe que esta obra no cesará hasta que amanezca, hasta que las sombras huyan y hasta que aquel que aspiraba a parecerse más a Cristo en la tierra descubra por fin que es «como él» (H. C. Anstey).

Estamos llamados, como hijos amados, a mostrar los caminos de nuestro Padre.

Después de que los hombres crucificaran a su Hijo, el primer acto de Dios fue abrir un camino hacia su presencia: el velo se rasgó.